

firma en la verdadera religión con el ejemplo de su heroica virtud (1). María igualmente se hace una Madre más fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesús á la cruz, y en El y con El se hace Madre de todos los cristianos (2). ¡Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! ¡Herida de su tierno corazón verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazón por sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazón es el arca de salvación de los hijos de los hombres.

(1) Fecundior virtutibus quando filii passi sunt, quam foetibus, quando nati sunt. (S. Aug.)

(2) Suis in cruce doloribus hoc etiam promeruit, ut non solum Joannis, sed omnium credentium Mater diceretur et esset. (Rup.)

CAPÍTULO XIV

Al someterse Jesucristo á la pena que Dios habia impuesto á Adán, quiere que María se someta también á la pena que Dios habia impuesto á Eva. María habia concebido á Jesús sin concupiscencia y le habia parido sin dolor. Exenta en su parto divino de la pena á que están condenadas las demás mujeres, «de parir con dolor», experimentó cruelmente esta pena en el Calvario, al dar á luz espiritualmente á los hijos de los hombres. Raquel es una figura de este misterio.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en el edén: el pecado que Adán cometió y el castigo en que por él incurrió, la culpa y la pena.

Materialmente no hubo más que un pecado, pero moralmente este pecado fué complejo; fué un semillero de pecados, porque de parte del hombre hubo *rebelión manifiesta y desobediencia* al precepto de Dios; hubo *orgullo*, y *orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio, que prometía la divinidad, y en retirarla de Dios, que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentía, y que sólo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adán, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo, finalmente, un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar más bién que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué también el

castigo. Los dos culpables Adán y Eva, fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenían sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior, que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente, incurrieron en la muerte del cuerpo y en la muerte, todavía más funesta, del alma; en la enemistad de Dios y en la condenación eterna.

Pero además de estos castigos, que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros, que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra que se había hecho por su pecado maldita é ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores (1). La mujer fué condenada á una sujeción absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que había de dar al mundo con dolor (2).

El Hijo de Dios, el Adán verdadero, el nuevo Adán, habiéndose colocado, por un exceso de misericordia, en el lugar del primer Adán, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso, no sólo expiar la culpa,

(1) *Maledicta terra in opere tuo. In laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ. In sudore vultus tui vesceris pane. (Genes., III, 17, 19.)*

(2) *Mulier quoque dixit: Multiplicabo ærumnas tuas et conceptus tuos; in dolore paries filios; et sub viri potestate eris; et ipse dominabitur tui. (Ibid., 16.)*

sino también incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para expiar el pecado se hace obediente, se humilla y sufre toda clase de dolores, porque Adán había desobedecido, se había llenado de orgullo y se había abandonado á la gula y á la sensualidad; y para hacerse todavía más semejante á aquel cuyo lugar ocupaba, se pone voluntariamente á cultivar, en el orden de la salvación, una tierra ingrata, es decir, la Sinagoga, que corresponde á los esfuerzos de su amor y de su celo con una esterilidad espantosa; que en vez de los frutos que tenía derecho á esperar de ella no le produce otra cosa, como El mismo se queja por sus Profetas, que persecuciones y amarguras, cruces y espinas. Finalmente, El quiere, á fuerza de trabajo, de fatigas y de sudores, adquirir su pan, es decir, la conversión de las almas, que El llamaba el alimento agradable á su corazón, la obra de Dios por excelencia (1).

Pero ya hemos visto que aunque Jesucristo, por la sola excelencia y la dignidad de su sacrificio, expió los pecados del mundo, quiere, sin embargo, que María se asocie á este sacrificio expiatorio, á fin de que participe de la redención en el Calvario, como Eva había participado del pecado en el paraíso terrenal. El quiere, no sólo que tome parte por su humildad, su piedad, su obediencia y sus dolores en la expiación de la culpa, sino que también sufra la pena. Y como, además

(1) *Ege cibum habeo manducare, quem vos nescitis... Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus qui misit me, ut perficiam opus ejus. (Joan., IV, 32, 34.)*

de la pena común á los dos culpables, tomó también Josucristo la pena particular impuesta á Adán como hombre, quiere también que María tome sobre sí y experimente la pena impuesta á Eva como mujer. Ved aquí por qué la Madre de Dios, que á nadie reconocía superior á sí, excepto á Dios, que es su Hijo, se sometió á su santo esposo, que no era más que un simple hombre, y estuvo sujeta á él de la manera más humilde y más perfecta, y además de esto se sometió á la pena de dar al mundo hijos en su dolor (1).

El Apóstol San Juan, en su *Apocalipsis*, habla del prodigio singular de una mujer misteriosa rodeada del esplendor y de la gloria del sol, cuya cabeza estaba adornada con una corona de doce estrellas, y que colocando sus pies sobre la luna, lanzaba gritos lastimeros y sufría horribles tormentos para dar á luz el fruto que llevaba en su seno (2).

Pues bien, San Agustín afirma que esta Mujer extraordinaria es María, que María fué verdaderamente revestida del esplendor del Sol de justicia, que tomó en Ella carne humana y reposó en su seno; que El adornó su cabeza con la corona de estrellas de los divinos privilegios con que la enriqueció, y que Ella huella con sus pies inocentes la luna, es decir, la in-

(1) Sub viri potestate eris. In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)

(2) Et signum magnum apparuit in celo: Mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim. Et in utero habens, clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XII, 1, 2.)

constancia y el prestigio de las grandezas del mundo. Pero ¿cómo puede decirse también de María que parió en los sufrimientos y en el dolor, cuando la doctrina de la Iglesia y de los Padres respecto al parto milagroso de María es que fué exenta de la maldición fulminada contra Eva, como lo fué de su pecado, es decir, que parió sin dolor (1)? Oigamos sobre este particular un pasaje elocuente y sublime del santo obispo Amadeo. «María, dice, parió á Jesucristo sin detrimento alguno de su virginidad, así como lo concibió sin detrimento de su pudor. Ella permaneció intacta al darle á luz, así como había quedado pura el recibirle. Y así como su concepción había sido sin pecado, su parto fué también sin dolor, no habiendo causado en Ella el parto alteración alguna, así como la concepción tampoco le había dejado ninguna mancha. Si (lo que no se puede pensar sin hacerse culpable) Ella hubiera concebido con una satisfacción carnal, no hubiera podido evitar el parto con dolor. De ahí nace que hasta el presente las infortunadas hijas de Eva paren en el dolor, y el fruto que una ignominiosa satisfacción hace germinar en su seno, no llega á su madurez sino con una amargura mayor y con los dolores más agudos (2). «¡Oh bella y noble prerrogativa de María! Con-

(1) Maria fuit expers maledictionis Evæ, quia peperit sine dolore. (*S. Thom.*, 3, p. 9, 30.)

(2) Peperit eum salva virginitate, quia salvo pudore concepit. Peperit inviolata, quia illibata suscepit. Et quia in delictis non concepit, absque dolore peperit; nullum habens in conceptione

tinúa el santo obispo. Ella no experimenta tormento alguno en su carne virginal, porque no sintió ninguna satisfacción. Después de haber concebido á su Hijo permanece virgen, y después de haberle dado á luz queda más pura. Todo fué divino en este parto inefable: el Hijo que nació fué divino, la mano que lo recibió en su nacimiento fué divina, y esto sin perjuicio de la que lo dió á luz (1).»

Ved aquí, pues, prosigue el mismo Padre, en lo que se diferencia el parto precioso de María del parto de Eva: Eva parió en la corrupción, y María en la pureza; Eva parió en la miseria, y María en la santidad; Eva parió en la vejez del pecado, y María en la novedad de la inocencia: porque Eva parió al esclavo, y María al Señor; Eva al culpable, y María al justo; Eva al pecador, y María al que santifica y salva del pecado. En el parto de Eva la serpiente infernal tendía asechanzas á su fruto para devorarlo; los ángeles asisten al de María para servirle. Eva en su parto tiene el espíritu lleno de espanto y el cuerpo lleno de dolores; María en el suyo se ve colmada, por la virtud

contagium, nullum passa in partu dissidium. Si enim (quod nefas est cogitare) in carnis voluptate conciperet, procul dubio in partu doleret. Hinc est quod usque hodie filia Evæ in dolore pariunt, et quod cum dulcedine excipiunt, in magna carnis amaritudine profundunt. (*S. Amad.*, homil. 4.)

(1) Nec in carne delectata, nec carne cruciata, et in conceptione virginior et in partu extetit sanior: obstetricante illa manu, de qua ait Psalmista: Fiat manus tua ut salvet me. (*S. Amad.*, homil. 4.)

misma de Dios, de un santo gozo y de la alegría más pura (1).

Si, pues, María fué exenta de la maldición que pesa sobre las demás mujeres cuando dan á luz sus hijos en medio de padecimientos crueles y de gritos arrancados por el dolor (2); si María parió á su Hijo sin dolor, así como lo había concebido sin mezcla alguna de concupiscencia, ¿cómo nos la representa el discípulo amado y nos la manifiesta bajo la figura de una madre, víctima de todos los dolores y de todos los padecimientos de un parto difícil y laborioso (3)?

Para resolver esta dificultad, recordemos que Jesucristo es llamado en la Escritura el Primogénito de una familia compuesta de muchos hijos (4). Pues bien; si es de fe que María no concibió ni parió según la carne mas que un solo Hijo, que es Jesucristo, es necesario que pariese otros hijos según el espíritu, y estos hijos son los cristianos (5).

Ved aquí, pues, en María dos generaciones y dos partos: el uno corporal y el otro espiritual, el uno en

(1) Eva parit corrupta, Maria in corrupta peperit; Eva in dolore, Mari in salute; Eva in vetustate, Maria in novitate; illa peccatorem, ista justificantem a peccato. Evæ parturienti draco insidiatur; partuit Mariæ ab angelis ministratur. Evam parturientem tremor cordis occupat; parientem Mariam virtus divina lætificat. (*S. Amad.*, homil. 4.)

(2) In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)

(3) Et in utero habens, clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XII, 2.)

(4) Primogenitus in multis fratribus. (*Rom.*, VIII, 29.)

(5) Carnales nullos habeat beata Virgo præter Christum, ergo spirituales habeat necesse est.